

Al verlos pareció vacilar un momento; pero luego, con ademán resuelto y la cabeza erguida, fué á pasar por su lado.

Solignac esperó á que el italiano estuviese á dos pasos de distancia, y entónces le dijo con la misma frialdad con que le hubiese abofeteado:

—Miradme bien y tened presente una cosa: que el hombre á quien no habeis podido matar, los matará!

Agostino no respondió.

Castoret, que sujetaba á Solignac, dispuesto á lanzarse sobre Ciampi, dijo al coronel al oído:

—¿Quieres que me adelante? ¿Quieres que lo estrangule, di?

—¡Te prohibo volver aquí, asesino cobarde!— continuó el coronel con mirada iracunda.

Agostino siguió andando en silencio, pasando por delante del grupo formado por los dos amigos.

Cuando iba á cruzar el portal se volvió hácia Solignac, y con voz estridente:

—¿Sabeis la divisa de los Olonas?—dijo con insolencia, como si sus palabras no pudiesen ser oídas por el portero ó por algun criado.— Pues ahí va traducida: *¡Al que me molesta, le destruyo!*

Y saludó con desdeñoso orgullo.

—A este hombre, el mejor día lo aplasto,— dijo Marcial.

—No,—repuso Solignac,—lo que he prometido lo cumplire. ¡Es preciso que solo de mi mano reciba el castigo!

IV.

La Opera.

Aun olvidando la siniestra tentativa de asesinato de que habia sido teatro el callejon que bordeaba las tapias del jardin de Andreina, el coronel tenia una razon capital para castigar al marqués de Olona. Solignac no olvidaba que el italiano habia dado un golpe aun más cruel al comandante Riviere.

—¡Un balazo puede curarse!—pensaba él,— pero una traicion es arma envenenada y esa no perdona.

En casa de la señorita de la Rigaudie, Solignac se habia sentido atraído hácia aquella mujer silenciosa y reflexiva en la que se adivinaba únicamente el dolor por la expresion de sus ojos sombríos, y que llevaba el nombre de su amigo.

Esperimentaba un vehemente deseo de hacer llegar á los oídos de aquella desgraciada, una palabra de esperanza. Teresa evitaba cuanto podia el encontrarse con él, no porque sintiese el menor temor ni la menor molestia; al contra-

rio la franqueza del coronel la atraía y la inspiraba confianza, pero prefería estar sola. Tanto como aborrecía en otro tiempo su cuarto de soltera lleno de sueños irrealizables, en el viejo hotel de la calle de Postas, se hallaba entonces amargamente satisfecha de verse sola, con los ojos fijos y las manos cruzadas sobre las rodillas, meneando la cabeza, ó inmóvil, repasando en su cerebro todo lo que había esperado y deseado en otro tiempo.

Las lecturas de su vida de soltera, las fiebres de las noches de verano, los fantasmas que vagaban ante su imaginación sobrecitada, la aparición de Riviere en su vida, su matrimonio, los días desocupados y fríos de la casa de la calle Montmartre, la sonrisa vencedora de Agostino, viniendo de repente á iluminar y turbar aquella existencia, todo lo recordaba diariamente y lo que antes le parecía la prisión, ahora lo llamaba el deber, mientras que lo que había tomado por pasión verdadera se había convertido en repugnancia.

Había una palabra que en su pensamiento tomaba un sentido enteramente nuevo, irónico y atrozmente cruel; era esta: *¡Amor!* ¡El amor! Soñó vivir por él; y quizás por él iba á morir.

Cada día, en efecto, iba estando más sombría, sumergida en aquellos sueños sin fin y quizás sin fundamento, con la mirada vaga contemplando el vacío, como se mira el infinito, la mar, el horizonte ó el precipicio á nuestros pies.

Sacar á aquella pobre mujer de aquellas reflexiones, de aquella lúgubre tristeza, era lo que se

proponía Solignac; pero apenas consiguió que una sonrisa melancólica asomase á sus descoloridos labios, como un pálido rayo de sol en un cielo cargado de tempestad.

Solignac había conseguido, no obstante, captarse las simpatías de Teresa por su lealtad. Le profesaba, aunque sin segunda intención, el mismo sentimiento que había conquistado á Andreina de Olona. «¡Ese es un hombre!»—se decía, poniendo en esta palabra todo cuanto puede encerrar de fuerza, abnegación, firmeza y fe.

¿Por qué no le habría encontrado antes? ¿Por qué no había estado allí para apoyar, con su robusto brazo, su apasionada debilidad? Casada con un hombre como aquel se hubiese salvado. Seducida por él, como lo había sido por Agostino, habría hallado en su cariño profundo la disculpa á su falta; disculpa que no podía invocar habiendo sacrificado el amor de un hombre honrado al más vil de los amores: el de un falsificador.

—¿Pero á qué pensar en lo que mi vida hubiera podido ser?—se decía en seguida Teresa.—*¡Considera lo que es, lo que tú la has hecho ser, desgraciada, y cállate!* ¡El comandante es también de los que tienen el brazo fuerte y el corazón recto, y tú le has engañado!

Solignac adivinaba, por el estrago de sus facciones, el sufrimiento de Teresa, y la tenía lástima. Si la hubiese preguntado qué es lo que sentía, ella le habría confesado seguramente, con una especie de gozo desgarrador, sus re-

mordimientos. Pero sin declararse el uno al otro, sucedió que aquellos dos seres se comprendieron.

Teresa, con su instinto de mujer, leía claramente el amor de Solignac á Luisa, en las frases no terminadas del coronel. Y Solignac sabía, á su vez, todo lo que el menor suspiro de Teresa ocultaba de sentimientos y dolores.

—Sabeis—la dijo un día—que las heridas humanas, aun las más lentas en cicatrizar, llega un momento en que se borran, y en que uno acaba por preguntarse en qué sitio recibió el golpe? Creo que sucede lo mismo con ciertos sufrimientos morales que con las llagas físicas. Todo desaparece, todo se va, y el hombre tiene para los males que sufre, el más poderoso de los remedios...

—El perdón, si—dijo Teresa;—pero el perdón no es el olvido.

—El olvido le sigue, sin embargo, muchas veces.

—Bien veis que no—repuso la joven.—El comandante Riviere no ha dado noticias suyas desde que perdonó. Es que el olvido no ha llegado aun y que no llegará jamás.

Y volvió á entregarse nuevamente á sus tristes reflexiones, de las que Solignac tan pocas veces conseguía arrancarla. Había, indudablemente, en ella algo de quebrantado y roto, y parecía ya una de esas criaturas que sobreviven á lo que es la razón de ser de su vida misma.

—¡Pobre mujer!—pensaba Solignac.

Un día le preguntó, quizás para saber si aquel corazón encerraba alguna esperanza:

—¿No deseais nada en este mundo?

—¡Sí!—repuso la joven, aumentándose el brillo de sus grandes y negros ojos.—¡Quisiera borrar mi crimen, aunque fuese con mi sangre! Pero, ¿de qué sirve desear eso? Temo también una cosa, y es ¡que lo que sufro no sea bastante castigo! Sí, me parece que existe todavía una desgracia mayor, una desgracia espantosa pendiente sobre mi...

—¿Una desgracia?

—¡Que yo presiento y que no puedo definir! ¡Oh! no trateis de probarme que me engaño... La desgracia está ahí. ¿No tengo bastante castigo con la grandeza de alma de ese hombre? ¡No, yo he merecido más que eso! ¡Ah! ¡Pero concededme al menos, Dios mío, que el verdadero castigo no tarde mucho!—añadió con un tono que expresaba una inmensa desesperación, ¡porque estoy cansada de sufrir!

Al oírla hablar así, le pareció al coronel que Teresa no solamente tenía el remordimiento de la traición cometida, sino el sentimiento de un afecto perdido. Y cosa extraña, este afecto no debía ser el de Agostino, sino el de Riviere. El corazón de las mujeres encierra esa clase de extrañas contradicciones cómicas y trágicas á la vez.

A aquel hombre cuyo amor grave y profundo había desdeñado, ¿podría Teresa amarle?

—No—añadía Solignac—pero si respetarle apasionadamente, y es bastante.

Soñaba entonces en una reconciliación entre aquel hombre y aquella mujer, separados como por un torrente de lágrimas y se empeñaba en creer que la pasión de Riviere era capaz de llegar hasta el olvido.

—Esa mujer ha sido el único amor de toda su vida—se decía.—Claudio es de los que no aman más que una vez. Además—añadía pensando en sí mismo—no se ama verdaderamente más que una vez, y se entrega juno en cuerpo y alma á ese amor!

Enrique Solignac podía con fundamento raciocinar así. Estaba realmente enamorado, y dominado por la tristeza, ó mejor dicho la zozobra de una verdadera pasión. Se hubiera dicho que lo lento de la curación había producido un nuevo carácter, que le trasformaba enteramente. El doctor había conseguido lo que el peligro no: Solignac se había vuelto reflexivo, caviloso y grave. Cuando iba á ver á Claudio Riviere, que seguía seguro en su retiro, le dirigía esas cariñosas palabras en las que se halla como el eco profundo de las melancolías de la vida.

—Sabéis—decía Riviere—que esa gravedad os sienta tan bien como la sonrisa.

—No lo sé—respondía Enrique—pero bendigo la herida, porque me ha procurado el conocerme á mí mismo.

—¿Pues no erais el mejor de los amigos, el más valiente de los soldados y el más leal de los hombres?

—¡Yo era un loco enamorado de su locura!

¡Creía que el secreto de la dicha consistía en gastar su existencia en peligrosas ó encantadoras aventuras! Y he aprendido que vale más economizarla para aquellos á quien se ama, ó darla por completo á una sola idea y á un solo amor.

—¿De modo que partiendo, de dos lados diferentes, venimos á encontrarnos en el mismo punto?—dijo Riviere.—Lo que yo fui desde el principio, lo sois vos ahora. Pues bien, mi querido y bravo Enrique, mi hermano de armas, ¿no es verdad que no hay nada en el mundo que valga lo que el placer que se siente al sacrificarse por alguna cosa grande y bella? ¡Y aun cuando al final del camino no se encuentren más que decepciones, poco importa, os lo juro; el sacrificio está recompensado por los verdaderos goces que ya os ha producido!

—¡Es extraño!—dijo Solignac.—Antes os encontraba demasiado estóico, y hoy os encuentro tal como se debe ser: humano.

—¡Es que habeis envejecido! En estos tiempos se envejece pronto.

—No, es que ahora me encuentro á la altura de vuestro sufrimiento moral. Os comprendo, porque amo, como habeis amado, para siempre.

—Ojalá sea ella digna de vos; pero aunque no lo fuese, siempre os aconsejaría que os entregáseis por completo á vuestra ilusión. ¡Nunca es digno de compasión el hombre que ha tenido un hermoso sueño, aunque éste haya sido pasajero!

—¿De modo que no sufrís? El pasado...

—¡El pasado! ¡A él debo mis goces mayores! ¿Puedo quejarme acaso de que no haya durado?

—¡Ah! Marco-Aurelio, Marco-Aurelio—dijo Solignac riéndose,—¿por qué rara casualidad habeis escogido por amigo á un Don Quijote como yo?

—Mi querido coronel,—respondió Claudio con una resolución que no tenía nada de austeridad? afectada,—me encuentro quizás, por mi propia voluntad, con tal tranquilidad de alma, que si muriese mañana, no por la causa de la libertad, sino por su culpa, me comprendeis bien, como han muerto otros muchos, aun estaria contento y orgulloso de haberla servido.

—Comprendo, al escucharos, á los que hace quince años subian al patibulo levantado por los republicanos, gritando: ¡Viva la república!

—Sí,—dijo Riviere,—los hombres están sujetos al error ó á la ira; pueden engañar ó herir, pero las ideas no engañan, y si olvido la libertad es para pensar en ese amor de que me hablais, Solignac; la mujer puede ser culpable, sin que la pasión que me ha inspirado deje de ser eterna.

—¿Eterna?

—Sí... en lo que puede haber de eterno en esos transeuntes que se llaman hombres.

—¡Ah!—exclamó Solignac con entusiasmo,—¡Con que la seguís amando!

El comandante palideció.

—¡Teresa!—dijo lentamente dando á su voz una inflexión cariñosa y desgarradora.

—¡Sí, Teresa, Teresa que se arrepientel! ¡Te-

resa, cuya frente se inclina bajo el peso de su falta; Teresa que llora y que os ama!

Claudio Riviere miró á Solignac con una expresión indefinible de dolor y de duda.

—Sí, que os ama,—repitió el coronel con más firmeza,—estoy seguro de ello.

—¿Y necesitaba triturarme el corazón para saber cuánta abnegación encerraba?

Y movió la cabeza con tristeza.

—No, no me ama, pero comprende todo lo que me ha hecho sufrir, y ahora siente de rechazo mi tormento. ¡Teresa! ¡ah! ¡Teresa! Yo la habia perdonado, sin exigirla siquiera el arrepentimiento.

—¡Pues bien! contestad á sus lágrimas alargándola vuestra mano, y ella rescatará con toda su vida el extravío de una hora. ¡Olvidad!

—Mi vida no me pertenece,—dijo Claudio Riviere;—ya no es mía ni de Teresa, es de la causa que he abrazado. Si sucumbo, decid á Teresa que puede arrodillarse sin temor delante de mi cadáver; ya no hay en mi alma ningún pensamiento de ira contra ella. ¡Si quedo con vida, que venga entonces; puede ser que en efecto haya olvidado! Pero me queda una prueba que intentar, prueba decisiva, terrible, quizás mortal. Yo no me ocuparé de mis sufrimientos hasta que haya terminado mi misión.

—¿De modo que puedo decirle que espere?—preguntó Solignac.

—Sí,—respondió Claudio Riviere.—¡El dolor humano es infinito! ¿Por qué no lo ha de ser la piedad?

Enrique estaba satisfecho de aquel resultado, aunque incompleto. Aquellas palabras podían dar á Teresa un pretexto para amar todavía la existencia. Sorprendióse, no obstante, al ver que la jóven permanecía sombría y abatida, aún despues del relato que le hizo de las palabras de Riviere.

Teresa no deducía de todo esto más que una cosa, y era que el comandante, apenas libre de un peligro, iba á correr otro nuevo, y Solignac no podía tranquilizarla sobre este punto, por cuanto la resolución de Claudio le aterraba á él mismo. Riviere parecía encarnizado en correr á su perdición.

—¿Qué sería de mí—pensaba el coronel—si el deber, si la consigna me pusiese, con el sable en la mano, ante Riviere insurreccionado?

El coronel llegaba á bendecir aquella herida, que le impedía, por mucho tiempo aun, encargarse del mando. No estaba al menos expuesto á jugar su vida contra la de su amigo.

Solignac, olvidando algunas veces estas negras perspectivas, volvía á ser asiduo concurrente al hotel de Luisa de Farges. El mal humor del marqués de Navailles no impedía á la condesita acoger al hermoso coronel con la mayor amabilidad del mundo, y el marqués se vengaba recibiendo en su intimidad á Agostino de Olona. El testarudo hidalgo no desesperaba de convencer á Luisa de la conveniencia de la union proyectada por él con el *amigo de los principes*.

Luisa sufría mucho, viendo que el hermano

de Andreina iba siendo uno de los amigos más íntimos de la casa. Sentía tanto más despecho y dolor, cuanto que por nada del mundo se hubiera atrevido á demostrar su descontento sobre todo delante de Solignac. Interiormente estaba celosa de la italiana, cuyo nombre nunca pronunciaba el coronel y de la cual conservaba, al menos así lo creía ella, la imagen en el corazón.

—¿Sabes—preguntó á su doncella,—si el señor de Solignac ha vuelto á ir á casa de la italiana?

—Seguramente que no, señora,—contestó Catalina.

—Parece que estás muy segura de lo que contestas. ¿Quién te lo ha dicho?

—Marcial Castoret. ¡Oh! se haría descuartizar por el coronel antes que dejarlo entrar en esa casa del diablo. Pero si el coronel no ha vuelto á poner los pies en casa de la señorita de Olona, ella le ha visto sin embargo en otra parte.

—¿En donde?

—En su casa ó en el hotel la Rigaudie, si usted quiere. También Marcial...

Luisa de Farges interrumpió á la Limosina. Sabía ya lo bastante para que sus sospechas y sus dudas no desapareciesen. Siempre que la condesita sentía como una atracción irresistible hacía Solignac luchaba enseguida contra sí misma, no queriendo chocar ó estrellarse contra una rival. Esperaba que su orgullo impediría que su naciente amor fuese en aumento.

Y, no obstante, á pesar de la resistencia que